



## ACTO III

### ESCENA I

Una calle en Roma

Trompetas.—Entran CORIOLANO, MENENIO, COMINIO,  
TITO LARCIO, senadores y patricios.

CORIOLANO

Es decir que Tulo Aufidio se ha levantado de nuevo?

LARCIO.—Sí, señor; y esta es la causa de que hayamos concluido el trato.

CORIOLANO.—De modo que los volscos siguen siendo poderosos y se hallan prontos, como antes, á caer sobre Roma. á la menor ocasión?

COMINIO.—Tan fatigados están, señor cónsul, que difícilmente volveremos á ver en nuestros días flotar de nuevo sus banderas.

CORIOLANO.—¿Visteis á Aufidio?

LARCIO.—Vino con salvoconducto y maldijo á los volscos por haber rendido tan villanamente la ciudad. Se ha retirado á Antío.

CORIOLANO.—¿Hablo de mí?

LARCIO.—Sí, señor.

CORIOLANO.—¿De qué manera? ¿Qué dijo?

LARCIO.—Dijo cuán á menudo se había encontrado con vos, cuerpo á cuerpo; que de cuanto existe sobre la tierra, no hay cosa que aborrezca tanto como vuestra persona; y que renunciaría para siempre á toda su fortuna, sólo por ser llamado vencedor vuestro.

CORIOLANO.—¿Reside en Antío?

LARCIO.—En Antío.

CORIOLANO.—¿Cuánto desearía hallar pretexto de acudir á su encuentro y hacer frente á su odio! (A Larcio.) Sed bien venido á nuestro hogar. (*Entran Sicinio y Bruto.*) ¡Mirad! Estos son los tribunos del pueblo, las lenguas de la boca común. Los desprecio, porque maliciosamente engalanan al pueblo de autoridad, lo cual no puede soportar la nobleza sin envilecerse.

SICINIO.—No prosigáis.

CORIOLANO.—¿Eh! ¿Qué significa eso?

BRUTO.—Sería peligroso seguir más adelante. Basta ya.

CORIOLANO.—¿Y á qué se debe tal mudanza?

MENENIO.—¿Qué ocurre?

COMINIO.—¿No fué favorecido con el sufragio de nobles y plebeyos?

BRUTO.—No, Cominio.

CORIOLANO.—¿Son votos de niños los que me dieron?

SENADOR 1.<sup>o</sup>—Paso, tribunos. Irá á la plaza del mercado.

BRUTO.—El pueblo está exaltado contra él.

SICINIO.—Deteneos, ó esto acabará no sabemos cómo.

CORIOLANO.—¿Son esos vuestro rebaño? ¡Qué! ¿Para dar luego un mentís á su propia lengua, les cedisteis el sufragio? ¿Qué oficio es el vuestro? Si sois la boca ¿por qué no gobernáis los dientes? ¿No los habéis azuzado vosotros mismos?

MENENIO.—Serenaos, serenaos.

CORIOLANO.—Obráis con propósito deliberado sin duda; y lo que estáis haciendo es conspirar por ver si doblegáis á vuestro antojo la voluntad de la nobleza. Toleradlo, y viviréis con los que ni son capaces de gobernar ni consienten que se les gobierne.

BRUTO.—No llaméis á este acto, conjuración. Cuando el pueblo imploraba, os burlabais de él; y cuando poco há se le daba gratis el maíz, os lamentábais. A los que suplicaban en favor del pueblo, los ultrajábais llamándolos vividores, aduladores, enemigos de los nobles.

CORIOLANO.—Pues todo esto ya lo sabían antes.

BRUTO.—Pero no todos.

CORIOLANO.—¿Les habéis informado de ello después?

BRUTO.—¿Cómo! ¡Yo, informarles!

CORIOLANO.—Parecéis nacido para esa tarea.

BRUTO.—No sino para enmendar la vuestra.

CORIOLANO.—Pues entonces ¿por qué habría yo de ser cónsul? ¡Por las nubes del cielo! Dadme siquiera tiempo para obrar como vosotros, y luego hacedme colega vuestro; hacedme tribuno.

SICINIO.—Dejáis traslucir demasiado ese resentimiento que excita el rencor del pueblo. Si habéis de llegar á donde queréis, fuerza es que busquéis vuestro camino (del cual os apartáis) con más benévolo espíritu; ó nunca lograréis el honor de ser cónsul, ni colega de Bruto como tribuno.

MENENIO.—Tengamos calma.

COMINIO.—El pueblo ha sido engañado y excitado. Tales manejos no son dignos de Roma. Ni ha merecido Coriolano que se atravesase pérfidamente en su camino este deshonroso desaire.

CORIOLOANO.—¡Venid á hablarme de maíz! Esto es lo que dije y voy á decirlo otra vez.

MENENIO.—No ahora; no ahora.

SENADOR 1.<sup>o</sup>—¡No ahora, cuando todos los ánimos están exaltados!

CORIOLOANO.—¡Por mi vida que he de repetirlo ahora! Perdonad, mis nobles amigos; en cuanto á la variable, pestilente muchedumbre, dejadla que me mire como á quien no la adula, y se vea por tanto retratada en mis palabras. Vuelvo á decir que acariiciándolos, alimentamos contra nuestro Senado el germen de la rebelion y la insolencia, que nosotros mismos hemos esparcido, plantado y cultivado, mezclándolos con nosotros, con la aristocracia á la cual no falta ni la virtud, ni el poder, como no sea el que ha dado á los mendigos.

MENENIO.—Bueno: basta, basta.

SENADOR 1.<sup>o</sup>—Basta, os lo suplico.

CORIOLOANO.—¡Cómo! ¿No más? Así como he derramado mi sangre por la patria sin temor á la fuerza enemiga, así mis pulmones han de clamar, hasta que revienten, contra esa lepra que miramos con asco, y que, sin embargo, hemos ido á buscar para que nos contagie.

BRUTO.—Habláis del pueblo como si fuérais un dios para castigar, y no un hombre sujeto á la debilidad humana.

SICINIO.—Sería bueno que enterásemos al pueblo de esto...

MENENIO.—¡Qué! ¡Qué! ¿De su cólera?

CORIOLOANO.—¡Si no la siento! Así fuera yo más paciente que el sueño de media noche, siempre sería esta mi creencia.

SICINIO.—Creencia que sólo emponzoñará el co-

razón que la concibió; pero cuyo contagio no se extenderá á mayor distancia; respondo de ello.

CORIOLOANO.—«¡Respondo de ello!» ¿Habéis oído á este Tritón de las sardinas? ¿Habéis notado su tono autoritario?

COMINIO.—Sí; diríase que la ley habla por su boca.

CORIOLOANO.—«¡Respondo de ello!» ¡Oh buenos pero harto imprudentes patricios! ¿Por qué vosotros, graves, pero temerarios senadores, habéis dado á la hidra popular la elección de un oficial que con su imperioso «respondo de ello», no carece de osadía para deciros que desviará vuestra corriente y la echará en un foso, y se apropiará vuestro cauce? Si tiene poder para ello, ocultad con un velo vuestra impotencia: si no lo tiene, despertad de vuestra peligrosa lenidad. Si sois discretos, no procedáis como los necios vulgares: si no lo sois, dejad que ocupen en el Capitolio un asiento á vuestro lado. Si ellos son senadores, vosotros sois los plebeyos; y senadores son, cuando confundidos sus votos con los nuestros, ellos deciden al cabo. Eligen su magistrado, y éste interpone su absoluto «respondo de ello» contra una asamblea más grave que la que jamás se veneró en Grecia. ¡Por el mismo Júpiter! Esto rebaja á los mismos cónsules; el alma se me llena de dolor viendo que de dos autoridades, ninguna de las cuales es suprema, el intervalo se ha de llenar de confusión tarde ó temprano, y la una quedará absorbida por la otra.

COMINIO.—Bueno: vamos al foro.

CORIOLOANO.—Quien quiera que haya dado ese consejo de distribuir gratuitamente el trigo de los graneros del Estado, como se acostumbó alguna vez en Grecia...

MENENIO.—Bien, bien. Basta de eso.

CORIOLOANO.—Aunque allí el pueblo tenía un poder más absoluto, digo que alimentaba la desobediencia y nutría la ruina del Estado.

BRUTO.—¿Y por qué daría el pueblo sus votos á quien habla así?

CORIOLANO.—Daré mis razones, que ciertamente valen más que sus votos. Ellos saben que el trigo no era una recompensa, y están bien seguros de que jamás prestaron ningún servicio por ello. Forzados á la guerra, y en el momento mismo en que se tocaba al corazón del Estado, no quisieron salir de las puertas; semejante servicio no merecía, me parece una distribución gratuita de trigo. Durante la guerra, los molines y rebeliones, en que mostraron más valor, no fueron ciertamente propios á elevar su reputación de honrados. Las acusaciones que con tanta frecuencia han hecho contra el Senado, sin causa alguna, nunca debían dar lugar á nuestra franca donación. ¿Y entonces qué? ¿Cómo podría esta multitud apreciar la cortesía del Senado? Dejad que los hechos expresen lo que con toda probabilidad dirían sus palabras: «Nosotros lo exigimos. Nuestros votos eran los más numerosos, y por puro miedo acudieron á nuestras demandas.» Así rebajamos el carácter de nuestro rango y autorizamos á la chusma á llamar temores nuestros solícitos cuidados, y andando el tiempo forzará las puertas del Senado y traerá á los cuerpos á picotear las águilas.

MENENIO.—Vamos, ya basta.

BRUTO.—Basta y aun sobra.

CORIOLANO.—No. Ahí tenéis más. Lo que se puede jurar por cielo y tierra, y que es el fin que he de mostraros, es: que ese doble poder en que una parte desdeña con razón, y la otra insulta sin pretexto; en que la alcurnia, el título, la sensatez, nada pueden realizar sin el *si* ó el *no* de la ignorancia general; necesariamente descuidará necesidades reales y cederá ante voluble ligereza; de donde se sigue que obstruído así todo propósito serio, nada se hará que no sea fuera de propósito. Por tanto, os ruego á todos los que sois menos tímidos que discretos; á los que amáis la parte fundamental del Estado, y dudáis

de lo que traiga su mudanza, á los que preferís á una larga vida una vida noble, y no vaciláis en conmover con un remedio heróico el cuerpo que sin él tiene forzosamente que morir; á todos digo: arrancad de una vez la múltiple lengua de la clase plebeya, no les dejéis lamer la lisonja que les envenena. Vuestro deshonor entorpecerá el discernimiento y privará al Estado de aquella integridad que le corresponde, no pudiendo realizar el bien que desearía, á causa del mal que lo domina.

BRUTO.—Ha dicho bastante.

SICINIO.—Ha hablado como un traidor y responderá como responden los traidores.

CORIOLANO.—Tú, miserable! Que el desprecio te abrume! ¿Qué podrá hacer el pueblo con semejantes tribunales? Como dependen de ellos, faltarán con su obediencia á la más alta asamblea. Nombrados fueron en una hora en que la rebelión elevaba á ley, no la justicia sino la conveniencia; pero ahora, en mejor momento, se debe declarar que sólo es conveniencia la justicia, y reducir á polvo su autoridad.

BRUTO.—Traición evidente.

SICINIO.—¿Cónsul, éste? No!

BRUTO.—Ea! Ediles, prendedle!

SICINIO.—Vé y llama al pueblo. (*Sale Bruto.*) En nombre suyo, te acuso de traidor revolucionario y enemigo del pueblo. Y te intimo á que obedezcas y presentes tu respuesta.

CORIOLANO.—¡Fuera de aquí, viejo cabrón!

SENADORES Y PATRICIOS.—Protegeremos su seguridad.

COMINIO.—Anciano, no le toquéis.

CORIOLANO.—¡Fuera de aquí pedazo de podredumbre! O haré que tus huesos salten fuera de tus ropas!

SICINIO.—¡Ciudadanos!... ¡auxilio!

(Vuelve á entrar Bruto con los ediles y una turba de ciudadanos).

MENENIO.—Más respeto en unos y otros.

SICINIO.—He aquí al que os despojaría de todo poder.

BRUTO.—¡Prendedle, ediles!

CIUDADANOS (*Varios hablan á un tiempo.*)—¡Abajo! ¡Abajo Coriolano!

SENADOR 2.<sup>o</sup>—¡Armas! ¡armas! (*Todos se agitan al rededor de Coriolano.*) ¡Tribunos, patricios, ciudadanos! ¿Qué es esto? Sicinio, Bruto, Coriolano, ciudadanos!

CIUDADANOS.—Paz, paz, paz. Deteneós: haya paz.

MENENIO.—¿Qué va á suceder? Ya estoy fatigado y sin aliento. ¡Qué desorden! No puedo hablar. Hablad al pueblo, tribunos. Coriolano, ¡cordura! Hablad, buen Sicinio.

SICINIO.—Oídme, pueblo. Paz!

CIUDADANOS.—Oigamos á nuestro tribuno. Orden! Hablad, hablad.

SICINIO.—Estáis á punto de perder vuestras libertades. Marcio querría despojaros de todo: Marcio, á quien acabáis de elegir cónsul.

MENENIO.—Bah! bah! Ese es el modo de irritar, no de apaciguar.

SENADOR 1.<sup>o</sup>—De demoler la ciudad y arrasarlo todo.

SICINIO.—¿Qué es la ciudad sino el pueblo?

CIUDADANO.—Verdad. El pueblo es la ciudad.

BRUTO.—Por consentimiento de todos hemos sido instituidos magistrados del pueblo.

CIUDADANOS.—Y lo sois todavía.

MENENIO.—Y esperamos que se portarán como tales.

CORIOLANO.—Este es el medio de abatir la ciudad al nivel del suelo, y hacer que caiga el techo á confundirse con el cimiento; así nuestro ordenado gobierno quedará sepultado entre montones de ruinas.

SICINIO.—Esto merece la muerte.

BRUTO.—O mantenemos nuestra autoridad, ó te-

nemos que perderla. En nombre del pueblo, por cuyo poder fuimos elegidos, declaramos aquí que Marcio merece la muerte.

SICINIO.—Por tanto, prendedle, conducidle á la roca Tarpeya, y arrojadlo desde allí

BRUTO.—Ediles, prendedle!

CIUDADANOS.—Ceded, Marcio, ceded!

MENSAJERO.—Oídme una palabra. Os ruego, tribunos, que oigáis una sola palabra.

EDILES.—¡Silencio! ¡Silencio!

MENENIO.—Sed lo que aparentáis, verdaderos amigos de vuestra patria, y buscad con moderación lo que ahora intentáis realizar por la violencia.

BRUTO.—Señor, esos fríos procedimientos que parecen recursos de la prudencia, son venenosos cuando la enfermedad es violenta. ¡Apoderaos de él, y llevadle á la roca!

CORIOLANO.—No; quiero morir aquí. (*Desnuda su espada.*) Algunos de vosotros me han visto combatir. Pues bien: venid y probad en vosotros mismos lo que me habéis visto hacer.

MENENIO.—Envainad esa espada. Tribunos, retiráos por algunos momentos.

BRUTO.—Atacadlo!

MENENIO.—Auxiliad á Marcio! Auxiliadlo, vos-

MENENIO.—Auxiliad á Marcio! Auxiliadlo, vosotros, nobles; jóvenes y ancianos, auxiliadlo!

CIUDADANOS.—¡Abajo Marcio! Abajo!

(*En medio de este tumulto, los tribunos, los ediles y el pueblo son rechazados.*)

MENENIO.—Idos, marchad á vuestra casa sin demora. Id, id.

SENADOR 2.<sup>o</sup>—Marchaos, sí, marchaos.

CORIOLANO.—Permaneced firmes. Tenemos tantos amigos como enemigos.

MENENIO.—¿Será preciso que haya lucha?

SENADOR 1.<sup>o</sup>—No lo permitan los dioses. Te suplico, noble amigo, que te retires á tu casa. Déjanos remediar el mal.

MENENIO.—No podéis seguir aquí sin crearnos graves dificultades. Os ruego que os vayáis.

COMINIO.—Venid, señor con nosotros.



CORIOLOANO.—¡Ojalá fueran bárbaros... y lo son aunque hayan nacido en Roma... y no romanos... que no lo son aunque hayan nacido en el pórtico del Capitolio...

MENENIO.—Idos de una vez. No fiés á la lengua vuestra justa cólera. Lo que un día debe, otro lo paga.

CORIOLOANO.—Batiría en campo abierto á cuarenta de ellos.

MENENIO.—Yo mismo podría encargarme también de un par de los mejores; sí, de los dos tribunos.

COMINIO.—Pero ahora las probabilidades adversas exceden á todo cálculo, y la virilidad es locura cuando se obstina en quedarse bajo un edificio que se desploma. ¿Queréis salir antes de que vuelva la ralea? Su rabia, como las aguas corrientes interrumpidas, se hincha y se levanta sobre lo que están acostumbradas á ver encima de ellas.

MENENIO.—Dignaos acceder á nuestra súplica, y partid. Yo probaré si mi ingenio podrá algo con los que tan poco tienen. Hay que remendar esto con tela de cualquier color.

COMINIO.—Vamos, vamos, venid.

(Salen Coriolano, Cominio y otros).

SENADOR 1.<sup>o</sup>—Este hombre ha malogrado su fortuna.

MENENIO.—Su naturaleza es demasiado noble para el vulgo. No adularía á Neptuno por su tridente, ni á Júpiter por sus rayos. Tiene el corazón en la boca, y le es fuerza dar salida á lo que una vez concibió su pecho. Cuando se encoleriza, no se acuerda de haber oído jamás la palabra «muerte.» Ya nos ha caído qué hacer con él.

(Suena ruido dentro.)

PATRICIO 2.<sup>o</sup>—Quisiera verles ya recogidos en sus casas.

MENENIO.—Y yo en el fondo del Tíber. ¡Por los dioses! ¿No podía hablarles con más cordura?

(Vuelven á entrar Bruto y Sicinio con la multitud).

SICINIO.—¿Dónde está esta víbora que quisiera despoblar la ciudad y ser el único hombre en ella?

MENENIO.—Dignos tribunos...

SICINIO.—Se le ha de precipitar con vigorosa mano desde la roca Tarpeya. Ha resistido á la ley, y por tanto la ley no se dignará otorgarle otro juicio que la severidad del poder público que él tiene en nada.

CIUDADANO 1.<sup>o</sup>—Conviene que sepa que los nobles tribunos son la boca del pueblo, y nosotros sus manos.

CIUDADANOS.—Conviene que lo sepa.

(Varios hablan á un tiempo.)

MENENIO.—Señor...

SICINIO.—Orden!

MENENIO.—No vengáis aquí en són de guerra; aquí deben tratarse los asuntos con modestia y moderación.

SICINIO.—¿Por qué le habéis ayudado á que se evadiese?

MENENIO.—Prestadme oído. Así como conozco la valía del cónsul, así puedo señalar sus faltas.

SICINIO.—¡Cónsul! ¿Qué cónsul?

MENENIO.—El cónsul Coriolano.

BRUTO.—¡Cónsul, él!

CIUDADANOS.—No, no, no, no!

MENENIO.—Si con el permiso de los tribunos y el vuestro ¡oh pueblo! puedo ser escuchado, deseo decir algunas palabras, que os inducirán á evitar mayores males que el tiempo ya perdido.

SICINIO.—Pues entonces hablad brevemente; porque estamos resueltos á acabar con esa traidora víbora. Echarlo de aquí era solamente un peligro: dejarlo sería muerte segura para nosotros. Por tanto, se ha decretado que muera esta misma noche.

MENENIO.—¡No permitan los dioses que nuestra afamada Roma, cuya gratitud para con sus hijos esclarecidos está consignada en el mismo libro de Júpiter, devore á los suyos como hembra desnaturalizada!

SICINIO.—Coriolano es una gangrena que hay que cortar de raíz.

MENENIO.—¡No! Es un miembro cuya enfermedad, fácil de curar, se haría mortal si se extirpase. ¿Qué ha hecho á Roma para merecer la muerte? ¿Matar á nuestros enemigos? La sangre que ha vertido (y juro que es más de la que tiene) la ha derramado por la patria. Y que la patria vertiera ahora la que le queda, sería un baldón eterno, tanto para los que lo hicieran como para los que lo toleraran.

SICINIO.—Esto es absurdo.

BRUTO.—No es sino errado. Cuando él amó á su patria, ella le honró.

MENENIO.—¿Y acaso no se respeta el pié gangrenado por el servicio que prestó?

BRUTO.—No queremos oír más. Id á prenderle en su casa y arrancadle de allí; á menos que su infección, á fuer de contagiosa, pueda extenderse más.

MENENIO.—Una palabra. Cuando esta rabia de tigre reconozca el daño de su ciega precipitación, será ya tarde para contener su impulso. Procesadle si queréis; á menos que los partidos (pues sabéis que hay muchos que le aman) se lancen á la lucha, y veamos á Roma saqueada por romanos.

BRUTO.—Si así fuese....

SICINIO.—Pero, ¿qué estáis diciendo? ¿No tenemos ya una muestra de su obediencia? ¿No hemos visto cómo atropelló á nuestros ediles, y se nos resistió? Vamos.

MENENIO.—Advertid que fué educado en las guerras desde que su mano pudo tener una espada, y no está acostumbrado al lenguaje de la cautela; en sus palabras se mezclan la cordura y la pasión, el grano y la paja. Dadme vuestro asentimiento, y yo me encargo de traerlo adonde pueda responder en paz y según ley á todo cuánto le amenaza.

SENADOR 1.º—Nobles tribunos, este es el modo más humano; el otro camino es demasiado sangriento, y nadie podría en su principio adivinar sus consecuencias.

SICINIO.—Noble Menenio; sed, pues, el oficial emisario del pueblo. Señores, deponed vuestras armas.

BRUTO.—No os retiréis á vuestras casas.

SICINIO.—Reuníos en el foro. Allí os encontraremos; y si no traéis á Marcio, persistiremos en nuestra primera resolución.

MENENIO.—Lo conduciré á vuestra presencia. (*A los senadores.*) Dignaos acompañarme: es necesario que venga, sino... ¿quién sabe lo que sucederá?

SENADOR.—Sigámosle.

(*Salen.*)

## ESCENA II

## Cuarto en casa de Coriolano

Entran CORIOLANO y patricios.

CORICLANO.—Dejadlos que derriben cuanto hay por encima de mi cabeza; que me presenten la muerte en la rueda, ó bajo los cascos de un caballo salvaje; ó que amontonen diez colinas sobre la roca Tarpeya, para que la caída y el fondo del abismo se pierdan de vista; á pesar de todo seré siempre para con ellos lo mismo que soy.

(*Entra Volumnia.*)

PATRICIO 1.<sup>o</sup>—Os portáis con la mayor nobleza.

CORICLANO.—Paréceme que mi madre no me aprueba ya en esto: ella, que solía llamarlos rastrovas vasallos, cosas creadas para ser compradas y vendidas por unos pocos céntimos, y permanecer en las reuniones con la cabeza descubierta, bostezar, tenerse quietos, y admirarse cuando cualquiera de mi clase se pusiera en pie para hablar de paz ó de guerra. (*A Volumnia.*) Hablo de vos. ¿Por qué queríais que obrase yo infiel á mi naturaleza? Mejor haríais en aconsejarme que siga siendo quien soy.

VOLUMNIA.—¡Oh, Coriolano, Coriolano! Hubiera deseado veros revestido más plenamente del poder, antes de desperdiciarlo así.

CORICLANO.—Suceda lo que quiera.

VOLUMNIA.—Habríais sido también el mismo hombre que sois, esforzándoos algo menos por serlo; los inconvenientes de vuestro carácter fueran me-

nos sin mostrarlos tanto, antes de que pudieran salirlos al paso, y estorbar vuestros designios.

CORICLANO.—Vayan todos ellos á una horca.

VOLUMNIA.—Sí, y á una hoguera también.

(*Entran Menenio y senadores.*)

MENENIO.—Venid, venid. Habéis sido áspero, demasiado áspero. Es necesario que regreséis y rectificuéis lo dicho.

SENADOR 1.<sup>o</sup>—No hay remedio; á menos que, por no hacerlo así, nuestra ciudad se divida y perezca.

VOLUMNIA.—Consentid en que se os aconseje. Mi corazón está tan poco dispuesto á ello como el vuestro; pero mi mente dispone con mayor acierto de mi cólera.

MENENIO.—Bien dicho, noble matrona! Antes de humillarme á los piés de ese rebaño, á no exigirlo la violenta condición de los tiempos como un remedio para todo el Estado, volvería á revestir mi armadura á despecho de mi ancianidad.

CORICLANO.—¿Qué debo hacer?

MENENIO.—Volver donde están los tribunos.

CORICLANO.—Bien. Y en seguida ¿qué? ¿Qué?

MENENIO.—Mostraros pesaroso de lo que dijisteis.

CORICLANO.—¿Hacerlo por ellos? No lo haría ni por los dioses y queréis que lo haga por ellos?

VOLUMNIA.—Sois demasiado absoluto; aunque nunca podríais serlo bastante, salvo cuando se impone la extrema necesidad. Os he oído decir que el honor y la política, como amigos inseparables, crecen juntos en la guerra. Siendo así, decidme ¿qué perdería el uno ó la otra si lograran también ponerse de acuerdo en tiempo de paz!

CORICLANO.—¡Bah! Bah!

MENENIO.—Es pregunta muy oportuna.

VOLUMNIA.—Si en vuestras guerras es honroso parecer lo que no sois (y es política que adoptáis para vuestros mejores fines) ¿por qué no lo será en tiempo de paz? ¿No sirve al mismo propósito en la una que en la otra?



CORIOLANO.—¿Por qué os empeñáis en persuadirme?

VOLUMNIA.—Porque ahora sólo consiste en vos que habléis al pueblo; no obedeciendo á propia inspiración, ni por lo que el impulso de vuestro sentimiento dictaría, sino con palabras que emanan de la boca, como hijas bastardas, y no comprometen la fe de vuestro corazón. Esto en manera alguna os deshonoraría más que el apoderaros de una ciudad con palabras benévolas, cuando de no hacerlo así os costaría arriesgar vuestra fortuna y derramar al acaso mucha sangre. Sería yo infiel á mi propia naturaleza si, cuando mi fortuna y el riesgo de mis amigos me lo exigen, no procediera así. En esto soy la voz de vuestra esposa, de vuestro hijo, de estos senadores, de los nobles. Pero vos preferís mostrar á la generalidad de los plebeyos vuestro ceño, que gastar con ellos dulces palabras, cuando estas, quizás, ganando su afecto, salvarían la patria.

MENENIO.—¡Noble dama! Venid, venid con nosotros, y hablad abiertamente. Así nos salvaréis, no del presente peligro, sino de los estragos de lo pasado.

VOLUMNIA.—Ruégote, hijo mío, que vayas á ellos y les saludes é hincas la rodilla en tierra (porque en esta clase de asuntos la elocuencia consiste en la acción, y los ignorantes se dejan persuadir más por los ojos que por los oídos); con tu benévolo saludo corrige y desmiente tu inflexibilidad; muéstrate dócil y humilde como la fruta madura, que cede apenas la tocan. O bien diles que eres su soldado; y acostumbrado á la rudeza del combate no te has adiestrado en aquella suave manera que, según confiesas, debías haber usádo al pedir sus votos; pero que en adelante ajustarás á ella tu conducta hasta donde alcancen tu persona y tu poder.

MENENIO.—Haced solamente esto, tal como ella os lo dice, y serán vuestros al punto todos los corazones; porque, cuando se les solicita, abundan

tanto en perdonos como en palabras insignificantes y ociosas.

VOLUMNIA.—Te lo suplico. Vé y consiente en ser dirigido; aunque conozco que más bien seguirías á tu enemigo á un abismo de fuego, que adularlo en un vergel. Aquí está Cominio. *(Entra Cominio.)*

COMINIO.—He estado en el foro, y creedme, señor, conviene que forméis un partido fuerte, ó que os defendáis con la mayor moderación ó con la ausencia. La cólera es general.

MENENIO.—Basta un discurso benévolo.

COMINIO.—Creo que sería útil, si conviene en hacerlo.

VOLUMNIA.—Debe hacerlo y lo querrá. Vamos; te ruego que digas que sí lo harás, y manos á la obra.

CORIOLANO.—¿Debo ir á mostrarles mi cabeza desnuda? ¿Debo dar con mi lengua envilecida un mentís á mi noble corazón, y éste lo ha de sobrellevar? Sea: lo haré. Y sin embargo, si se tratara de perder solamente este puesto, ya podrían reducir á polvo el cuerpo de Marcio, y arrojarle al viento. Vamos al mercado. Me habéis puesto ahora á desempeñar un papel que nunca, jamás, podré representar con naturalidad.

COMINIO.—Venid, venid; os ayudaremos.

VOLUMNIA.—Déjame rogarte, amado hijo mío. Como dijiste, mis elogios te inclinaron á la guerra. Pues bien: para merecer mis alabanzas hoy vas á encargarte de un papel que nunca has desempeñado hasta ahora.

CORIOLANO.—Bien. Tendré que hacerlo. Aléjate de mí, naturaleza mía, y cede su lugar al alma de un vil adulator! Conviértase mi voz marcial, émula de un alambor, en el sonido aflautado del eunuco, ó en la voz de la doncella que arrulla á los pequeños. Profane mis mejillas la sonrisa del bribón y anublen mis ojos las lágrimas del muchacho en la escuela. La lengua que se mueva entre mis labios, sea la de un mendigo; y mis rodillas que jamás

se doblaron sino sobre mis estribos, pléguese como quien recibe limosna! No! No lo haré, á menos que deje de respetar mi propia verdad, y con las acciones de mi cuerpo enseñe á mi mente la más profunda bajaiza!

VOLUMNIA.—Entonces, sea como quieras. Más deshonra es que yo mendigue de ti, que el que tú mendigues de ellos. Húndase todo. Tu madre prefiere recibir un nó de tu orgullo, que temblar por tu peligrosa firmeza; porque para despreciar la muerte tengo un corazón tan grande como el tuyo. Haz lo que gustes. Tu intrépido valor era mío: lo mamaste de mis pechos. Pero tu orgullo lo debes á ti solo.

CORIOLANO.—Alegraos ¡oh madre! os lo suplico. Voy á la plaza del mercado. No me regañéis más. Yo escamotearé sus afectos, hurtaré sus corazones, y volveré amado de todos los ganapanes de Roma. Ved, ya me dispongo á ir. Recomendadme á mi esposa. Volveré siendo cónsul, ó no confiaré nunca en lo que pueda hacer mi lengua en el camino de la lisonja.

VOLUMNIA.—Haced lo que os plazca. *(Sale.)*

COMINIO.—Marchemos. Los tribunos os esperan. Haced caudal de fuerzas para responder con calma; pues están preparados á lanzar contra vos acusaciones, según he oído, mucho más fuertes que las anteriores.

CORIOLANO.—Mi consigna es: ¡calma! ¡calma! Dignaos venir. Dejadles que inventen acusaciones: yo responderé á todo con honrada franqueza.

MENENIO.—Sí; pero con calma.

CORIOLANO.—Bien, sí, con calma, con calma. *(Salen.)*

## ESCENA III

## El foro

Entran SICINIO y BRUTO.

BRUTO.—Sobre todo, insistid como punto de ataque en esto: que aspira á un poder tiránico. Si se evadiese de este cargo, acosadle por su envidia al pueblo; y también por no haber sido repartidos nunca los despojos tomados á Antío. *(Entra un edil.)* Y bien, ¿vendrá?

EDIL.—Sí, ya llega.

BRUTO.—¿Quiénes le acompañan?

EDIL.—El anciano Menenio y los senadores que le favorecieron siempre.

BRUTO.—¿Tenéis la lista de los votos con que contamos?

EDIL.—Aquí la tengo.

BRUTO.—¿Los habéis reunido por tribus?

EDIL.—Así están.

SICINIO.—Reunid aquí inmediatamente al pueblo, y cuando me oigan decir: «Debe ser así, por el derecho y autoridad del pueblo», ya sea muerte, multa, ó destierro; si me oyen decir *multa*, deben gritar ¡*multa!* si *muerte*, ¡*muerte!* Y no cesen en su clamor, insistiendo en su antigua prerogativa y poder, para entender en la causa.

EDIL.—Les informaré de todo.

BRUTO.—Y una vez empieze el clamoreo, es necesario que continúen sin tregua y en medio de la ruidosa confusión ejecuten la sentencia que hayamos tenido á bien dictar.

EDIL.—Muy bien.

SICINIO.—Haced que vengan en gran número y resueltos á seguirnos tan luego como hayamos hecho la insinuación. *(Sale el edil.)*

BRUTO.—A la obra. Está acostumbrado á triunfar siempre, y á que nadie le contradiga: una vez lastimado en su soberbia y enfurecido, es imposible hacerlo entrar en razón, y entonces habla lo que le viene en mientes. Pues bien; cuánto guarda dentro de su pecho, se acuerda con nuestro propósito y prepara su ruina.

*(Entran Coriolano, Menenio, Cominio, senadores y patricios).*

SICINIO.—Bien. Aquí llega.

MENENIO.—Con calma, os lo suplico.

CORIOLOANO.—Sí; como un hostelero que por la más pequeña moneda, soportará una legión de bribones. Que los venerados dioses guarden salva á Roma; y los tribunales de la justicia sean provistos con hombres dignos; y el amor se arraigue entre nosotros, llenando nuestros templos con las ofrendas de la paz, y no nuestras calles con la guerra.

SENADOR 1.<sup>o</sup>—Amén, amén.

MENENIO.—¡Noble deseo!

*(Vuelve á entrar el edil con los ciudadanos).*

SICINIO.—Aproxímaos, los del pueblo.

EDIL.—Escuchad á vuestros tribunos. Silencio y orden, digo.

CORIOLOANO.—Oídme primero.

LOS TRIBUNOS.—Bien: hablad. ¡Orden!

CORIOLOANO.—No habrá que hacer frente más que á las acusaciones de ahora? ¿Ha de quedar esto terminado aquí?

SICINIO.—Os pregunto ¿os sometéis á los votos del pueblo, respetáis á sus oficiales, y consentís en sufrir la censura legal por las faltas que se pruebe hayáis cometido?

CORIOLOANO.—Lo consiento.

MENENIO.—¿Lo oís, ciudadanos? dice que consien-

te. Considerad sus servicios militares, pensad en las heridas que cubren su cuerpo, como los sepulcros un cementerio.

CORIOLOANO.—Poca cosa; arañazos ligeros, algunas cicatrices, hechas jugando.

MENENIO.—Considerad además que si no habla como cortés ciudadano, se porta como buen guerrero. No toméis la aspereza de sus acentos como fruto de la malignidad; sino, según he dicho, como cosa natural en un soldado que no quiere parecer adulator.

COMINIO.—Bien, bien. Basta.

CORIOLOANO.—¿En qué consiste que habiendo sido elegido cónsul por voto unánime, me veo de tal manera deshonrado que en la misma hora os retractáis?

SICINIO.—Respondednos.

CORIOLOANO.—Decid, pues; es verdad: yo debo responder.

SICINIO.—Os acusamos de haber intentado quitar á Roma toda razonable autoridad y de aspirar á un poder tiránico. Por lo cual sois traidor al pueblo.

CORIOLOANO.—¿Cómo! ¡Yo traidor!

MENENIO.—Calma, calma. Acordaos de vuestra promesa.

CORIOLOANO.—¡Así se hunda el pueblo en el más hondo infierno! ¡Llamarme traidor! ¡A mí! ¡Tribuno insolente! Si veinte mil muertes tuvieras en tus ojos ¡y otros tantos millones en tus manos, y todo este número en tu mentirosa lengua, te diría á la cara que mientes y te lo diría con tal sinceridad y tan alto como cuando ruego á los dioses.

SICINIO.—¿Oyes? ¡Oh pueblo!

CIUDADANOS.—¡Llémosle á la roca! ¡A la roca!

SICINIO.—¡Orden! No necesitamos añadir acusación alguna. Lo que le habéis visto hacer, lo que le habéis oído decir, maldiciéndoos, atropellando á vuestros oficiales, oponiendo á las leyes los golpes, y desafiando aquí á aquellos cuyo gran poder tiene

que juzgarlo, todo es tan criminal y de tan odioso carácter, que merece la peor muerte.

BRUTO.—Pero en consideración á los útiles servicios que prestó á Roma...

CORIOLANO.—¿Qué charlas tú de servicios?

BRUTO.—Hablo de lo que sé.

CORIOLANO.—¿Tú?

MENENIO.—¿Es esa la promesa que hicisteis á vuestra madre?

COMINIO.—Os ruego que recordéis...

CORIOLANO.—¡Yo no me acuerdo de nada! Que me condenen á morir despeñado de lo alto de la roca Tarpeya, ó en vagabundo destierro, ó á fuego lento, si quieren; no compraré, no, su gracia al precio de una sola palabra afectuosa, ni humillaré mi valor por cuanto pudieran darme, aunque para ello sólo tuviera que decir «buenos días».

SICINIO.—Por cuanto en diversas ocasiones ha mostrado, hasta donde de él dependía, su envidia al pueblo, buscando medios para despojarlo de su poder; y recientemente ha acometido á los ministros de la justicia; en nombre del pueblo y por nuestro poder como tribunos, desde este momento lo desterramos de nuestra ciudad, so pena de ser precipitado de la roca Tarpeya, si alguna vez vuelve á pasar las puertas de Roma. En nombre del pueblo, declaro que así se ejecutará.

CIUDADANOS.—¡Así se hará! ¡Así se hará! Está desterrado. ¡Que se largue!

COMINIO.—Escuchadme, señores y comunes amigos.

SICINIO.—Está sentenciado. No hay nada que oír.

COMINIO.—Dejadme hablar. He sido cónsul y puedo mostrar á Roma las cicatrices que me hicieron sus enemigos. Amo á mi patria con respeto más tierno, profundo y santo que mi propia vida, que la de mi esposa y la de mis hijos. Pues bien, si os digo que...

SICINIO.—Ya conocemos vuestro propósito. ¿Si decís qué?

BRUTO.—No hay más que decir sino que está desterrado por enemigo del pueblo y de la patria. Y se hará así.

CIUDADANOS.—¡Se hará así! ¡Se hará así!

CORIOLANO.—¡Vil jauría de perros! cuyo amor y cuyo odio desprecio como las osamentas de cadáveres insepultos que infestan el aire. ¡Yo os destierro de mi corazón! Quedad con vuestra incertidumbre, temblando al más débil rumor, y espantados y aterrados cuando vuestros enemigos agiten sus penachos para asustaros. Conservad el poder de desterrar á vuestros defensores; hasta que vuestra ignorancia que nada ve mientras no lo toca, os entregue como humillados cautivos á alguna nación que os conquistará sin necesidad de combatir! Despreciando á causa de vosotros la ciudad, os vuelvo la espalda. Hay todavía mundo lejos de vosotros.

(Salen Coriolano, Cominio, Menenio, senadores y patrios).

EDIL.—El enemigo del pueblo ha partido.

CIUDADANOS.—Nuestro enemigo está fuera: está desterrado. ¡Oh! ¡Oh!

(Vocean y tiran sus gorros al aire).

SICINIO.—Id, seguidle hasta las puertas de la ciudad, como él os ha perseguido, con todo despecho. Humílladle como merece. Dadnos una guardia que nos acompañe por la ciudad.

CIUDADANOS.—Vamos, vamos á verlo fuera de las puertas. ¡Guarden los dioses á nuestros nobles tribunos!

(Salen.)